# La costura del uniforme gris

Shyvirelle

Pilar podía distinguir la ropa de dos desconocidos aunque fuera del mismo color, tamaño y fábrica. No por un talento misterioso: miraba las costuras. Una persona roza siempre el mismo codo contra la mesa, se guarda las llaves en el mismo bolsillo y tira de la misma manga al trabajar.

El uniforme gris llegó el lunes a las nueve. Lo trajo una mujer que escribió «Lucía R.» en la hoja de encargos, con la mano izquierda y el lápiz apoyado muy cerca de la punta. Pidió acortar dos centímetros la manga izquierda, desplazar el bolsillo interior para que no le rozara una cicatriz antigua y cambiar un botón brillante por otro mate.

—¿Puedo esperar? —preguntó.

—Si tiene media hora, sí.

Pilar hizo los tres arreglos delante de ella. La manga quedó marcada por una línea de hilo nuevo, el bolsillo cambió de posición y el botón sustituto tenía cuatro agujeros en vez de dos. Cuando la prenda estuvo lista, Lucía entró al pequeño probador, salió con el uniforme puesto y permaneció allí un buen rato, mirando el espejo sin peinarse ni acomodarse el cuello.

—Necesito dejarlo hasta mañana —dijo al fin—. Me entregará usted un recibo, ¿verdad?

Pilar extendió el comprobante: prenda, fecha y detalles de los arreglos. Se quedó con una copia. Lucía dobló la suya con mucho cuidado.

—No lo entregue a otra persona aunque parezca igual —pidió.

Pilar pensó que la mujer había discutido con alguien en el trabajo. El uniforme llevaba el emblema de una empresa de limpieza industrial, un círculo gris aún más oscuro cosido sobre el pecho. Debajo había un número de inventario que la empresa utilizaba para todas las prendas de aquella talla: G-42.

Al día siguiente, antes de que Lucía regresara, aparecieron dos reclamantes.

El primero era Tomás, un operario joven con las manos manchadas de pintura. Se presentó con una tarjeta de trabajador y señaló la percha.

—Ese uniforme es mío. Ayer me lo asignaron y hoy tengo que devolverlo a almacén.

—¿Sabe qué arreglo se le hizo?

—Lo de siempre. Se le habrá soltado una costura.

No lo sabía. Cuando Pilar le pidió que firmara una solicitud, escribió con la derecha, apretando tanto el bolígrafo que marcó la hoja siguiente.

El segundo llegó veinte minutos después. Se llamaba Evaristo y dijo encargarse del inventario de la misma empresa. Traía una lista de prendas todas marcadas G-42. No tenía recibo del taller.

—La ropa pertenece a la empresa, señora. Ese hombre quiere llevársela sin autorización.

—Entonces tendrá que enseñarme cómo llegó aquí —respondió Pilar.

Evaristo estiró la mano hacia el uniforme, pero Pilar apartó la percha.

—Tengo treinta G-42 en mi lista —dijo él—. Son intercambiables. Una chaqueta gris es una chaqueta gris.

—Para su lista, quizá.

El hombre también firmó con la derecha. La firma era rápida, de trazos rectos. Pilar guardó las dos solicitudes y dejó la percha detrás de la cortina.

Esa noche, mientras comprobaba el dobladillo de la manga, vio una punta de papel fino atrapada entre dos capas de tela. No estaba allí cuando comenzó el arreglo: había planchado la manga antes de coserla y habría notado el bulto. Abrió con cuidado unos centímetros de la costura nueva. Dentro encontró un trozo de papel doblado y una frase escrita directamente sobre la cara interior de la tela.

«Once turnos sin pagar. La cuenta está en el bolsillo que se movió. Quien lo entregue, que anote cada arreglo. L.»

La tinta cruzaba por encima de dos puntadas del hilo azul que ella había usado el lunes. Esa era la pista que le importaba: el mensaje se había escrito después de acortar la manga, no antes. Además, el leve arrastre de la tinta hacia la derecha de ciertas letras le recordaba la forma de escribir de la clienta en el libro de encargos. Pilar comparó ambos textos, no para declarar que una letra probaba una identidad, sino para decidir a quién debía llamar primero.

Había una dirección y un número de teléfono en la copia del recibo de Lucía. Llamó. No contestó nadie.

Pilar examinó el bolsillo interior. En vez de estar cosido a la tela original, tenía una segunda bolsa de algodón que la clienta había pedido conservar. Allí había once trozos de papel con fechas, horarios y firmas distintas. Ninguno demostraba por sí solo que se debiera un salario, pero juntos explicaban por qué alguien había escondido un registro en una chaqueta de trabajo y había querido dejar constancia de las modificaciones realizadas.

Pilar anotó en el libro del taller cuántos papeles había encontrado. Volvió a guardarlos y reforzó la abertura de la manga con puntadas fáciles de retirar. Quiso que el mensaje siguiera allí.

El miércoles, Tomás regresó. Esta vez no pidió el uniforme de inmediato.

—¿La vino a buscar la muchacha? —preguntó.

—No todavía.

Tomás miró al suelo.

—Lucía dijo que iba a conseguir una prueba. En la empresa aseguran que esas horas no existieron. Yo también estaba algunos de esos días, pero si hablo, quizá me quiten los turnos de la semana que viene.

—¿Por qué dijo que la prenda era suya?

—Pensé que, si la sacaba de aquí, podría dársela sin que Evaristo la viera. Lo hice mal.

Pilar le enseñó las dos solicitudes, sin mostrar el contenido del bolsillo.

—Los uniformes se parecen. Las versiones de ustedes no. Si desea ayudar, puede contarle a Lucía que aquí se está esperando su recibo.

Evaristo volvió poco después, sin Tomás. Esta vez llevaba un impreso con el sello de la empresa.

—La prenda figura como material pendiente de devolución —dijo—. Me la llevo y acabamos.

—Usted puede registrar lo que considere en su inventario. Yo debo entregar el encargo a quien lo dejó o a quien esa persona autorice. Aquí consta el trabajo hecho, no solo el número de talla.

—Le va a traer problemas discutir por una chaqueta.

—Por eso hago recibos —respondió Pilar.

No discutió sobre las once jornadas. No sabía si las cifras eran correctas ni quería convertir su taller en un tribunal. Sabía algo más sencillo y comprobable: quién había llevado el uniforme, qué se había cambiado y qué había quedado dentro después de terminar el arreglo.

Lucía llegó al atardecer. Tenía los ojos enrojecidos y el resguardo del lunes, tan doblado que las esquinas parecían blandas.

—Creí que se lo habían llevado —dijo.

Pilar puso el recibo y la copia junto a la chaqueta. Le pidió que describiera las modificaciones sin mirarla.

—Manga izquierda dos centímetros, bolsillo hacia dentro, botón mate con cuatro agujeros —enumeró Lucía—. El bolsillo lo pedí por aquí.

Se llevó la mano a la misma parte del costado donde Pilar había movido la tela. Luego sacó de su bolso una libreta con los mismos once días anotados. Pilar no la leyó entera; cotejó las fechas visibles con los papeles guardados. Coincidían.

—¿Escribió usted dentro de la manga? —preguntó.

—Después de probármela. Tenía miedo de que alguien dijera que era cualquier otra. Si el uniforme desaparecía, también desaparecerían mis apuntes.

—Los apuntes necesitan que pueda explicar de dónde salieron. No basta con esconderlos.

—Lo sé. Ya pedí que me escuchen. Me dijeron que lleve todo lo que tenga.

Pilar le entregó la prenda, el contenido del bolsillo y una copia nueva del comprobante. Escribió en él la hora de devolución, el nombre de Lucía y los tres arreglos realizados. La mujer firmó a la izquierda de la fecha, sosteniendo el bolígrafo con la mano que Pilar recordaba. Recibió su copia sin levantar la vista.

—¿Y si dicen que no es mi uniforme?

—No puedo decirle cómo resolverán lo de los turnos —respondió Pilar—. Pero si preguntan qué prenda estuvo aquí, puedo enseñar mi libro de encargos y explicar cada costura.

Lucía se puso la chaqueta. El bolsillo ya no le rozaba y la manga terminaba a la altura exacta de su muñeca. Dejó sobre el mostrador una moneda para pagar el último remate.

—Eso ya estaba incluido —dijo Pilar.

Cuando la mujer se marchó, Pilar guardó las solicitudes de Tomás y Evaristo detrás del resguardo original. Las tres hojas llevaban el mismo número de inventario, G-42, y tres historias distintas.

En la libreta de su taller, en cambio, el encargo tenía una sola línea: «Lucía R. Uniforme gris. Manga, bolsillo, botón». Debajo añadió: «Devuelto contra recibo».

La costura no decía quién tenía razón sobre los salarios. Decía algo que nadie más podía borrar de aquel uniforme: había pasado por unas manos concretas, en un orden concreto, antes de volver a las manos de quien lo había dejado en el taller.